

COMUNICACIONES

RELIQUIAS DEL PASADO EN TIERRAS MARROQUIES

Preliminar

LOS azares de mi vida me pusieron en contacto frecuente y a veces no pasajero con el Imperio magrebino en el decurso de los últimos seis lustros: quizá pasen de treinta las ocasiones en que allí estuve, desde que en abril de 1932 fui destinado como Interventor Civil Adjunto del Protectorado de España en Marruecos, cargo que desempeñé durante año y medio, y al cual renuncié ante la falta de garantías de estabilidad, para ingresar en el profesorado de Institutos.

El desempeño de esa función interventora, verdadera alma del Protectorado, que tanta abnegación y desvelo exigía, me puso en constante comunicación no solamente con las autoridades indígenas, sino con las diversas categorías de habitantes del país, de las ciudades y de los aduares, con los que por razón de dicho cargo tenía que convivir. También anudé especiales relaciones con las comunidades israelitas, particularmente con sus miembros más cultos y destacados.

Incorporado en 1942 a la Universidad de Granada, de la cual pasó a depender en el orden docente la Zona española del Protectorado marroquí, hube de formar parte numerosísimas veces de las comisiones examinadoras del Examen de Estado —o Reválida superior del Bachillerato, como después se ha llamado—, que dos veces al año, y hasta tres en ocasiones, se desplazaban allá para ejercer esa función.

Trabajos de investigación en el campo de las letras hebraicas

y ciclos de conferencias organizados por la Universidad granadina, o alguna particular mía, como la que pronuncié en Casablanca en diciembre del año 1951, bajo los auspicios del Consulado de España y la comunidad hispano-sefardí de dicha ciudad, fueron nuevos motivos para visitar esas tierras. En ese año crucé el Estrecho no menos de cuatro veces (y otras tantas de regreso), y durante todo el mes de agosto estuve en Tetuán, Tánger y otras ciudades, pensionado por mi Universidad. Fruto de esa veraniega y no ociosa estancia fueron algunos estudios dados a la estampa en las publicaciones de la Facultad de Letras de Granada; pero aún me quedaron en la carpeta abundantes notas y apuntes, de los que quiero aprovechar algunos para la presente miscelánea vista y oída, advirtiendo, una vez por todas, que los datos se refieren a los años susodichos.

BIBLIOFILIA Y BIBLIOLOGÍA EN MARRUECOS

Demografía y estado cultural de los hebreos marroquíes.

El número de judíos radicados en la Zona española del Protectorado según el censo de 1945 ascendía a poco más de 14.000, con exclusión de las plazas de soberanía, Ceuta y Melilla, y la Zona internacional de Tánger. La totalidad de los residentes en todo Marruecos se calculaba alrededor de 290.000 en 1947, de ellos 28.000 Zona española y 11.250 en Tánger, constituyendo a la sazón la séptima entre las agrupaciones judías de todo el mundo.

Su origen más antiguo —prescindiendo de los heterogéneos refugiados de la segunda guerra mundial— es doble: unos descendientes de las antiguas colonias que desde tiempo inmemorial y no fácilmente discernible llegaron a Occidente, incrementadas con posterioridad por las afluencias de emigrados de España y otros países en las épocas de persecución, tales como el período católico de los visigodos, almohades, etc.; los otros son los sefardíes, descendientes claros y directos de los expulsados de España en 1492 y, un quinquenio después, de Portugal, que cruzaron el Estrecho, pues sabido es que un número considerable encontró asilo en Italia y Holanda.

La diferencia cultural entre unos y otros se ha venido manteniendo hasta el día de hoy. Ciertamente que en Marruecos y Norte de África durante la Alta Edad Media, existían focos importantes de cultura hebrea, como lo prueban muy altos nombres ilustres de la literatura judaica, pero fueron decayendo a compás de la general postración del imperio magrebí, y por efecto también de las persecuciones que en diversos momentos se ensañaron contra los judíos. Lo curioso es que los antiguos hebreos marroquíes no recibieron de buen grado a sus hermanos exilados de España, a pesar de la tremenda desgracia que sobre éstos pesaba; con todo, allí se naturalizaron en cuantía considerable, lo suficientemente grande para imponer su lengua sefardí (ladino o judeo-español, verdadero dialecto de la lengua española), así como también sus *taqanôt*, ritos, usos, costumbres, etc. Los patronímicos y las genealogías familiares pueden suministrarnos alguna orientación en cuanto a la discriminación de ambos sectores; pero, de todos modos, ésta resulta muy difícil, y, exteriormente al menos, la fusión de esos contingentes dispares se consumó hace tiempo.

Aunque las comunidades hebreas de Marruecos nunca fueron excesivamente numerosas, llegaron a constituir tiempo ha un grupo compacto, y al modo como la emigración española a Sudamérica nunca ha cesado desde el descubrimiento, también existen en esas repúblicas nutridas colonias de hebreos sefardíes, oriundos de Marruecos, que allá emigraron.

El poderoso fermento cultural que a Marruecos llevaron los expulsados de Iberia logró formar un estimable ambiente, que se mantuvo hasta el siglo pasado, particularmente en ciudades como Tetuán, Tánger, Fez, Casablanca, etc. Sin embargo, si exceptuamos el núcleo o individualidades aisladas de los que se hallan en posesión de alta cultura occidental, de la prístina grandeza de otros siglos solamente quedan venerables reliquias. La luz de la cultura judaica moderna irradia desde otros puntos muy distantes. La *Haškalá* o Ilustración, en los albores de la Edad Contemporánea —últimos decenios del siglo XVIII— encendió la antorcha de la nueva «ciencia del judaísmo» con una verdadera cruzada en pro del resurgimiento y dignificación de las comunidades judaicas en los países centroeuropeos: Alemania, Polonia, Lituania, Austria y Hungría, Países Balcánicos y también Italia, fueron el escenario de un renacimiento de la cultura hebrea, saturada de esencias

rector es —o era— un maestro español, y se debe al filántropo israelita D. Isaac Toledano. Inauguróse en 1948, y acoge niños de ambos sexos.

3.º El *Instituto Maimónides*, inaugurado a principios del año 1948 en Tetuán, es un Seminario rabínico. Este centro, único en su clase en todo el Norte de Africa, alcanza por su nivel pedagógico cierta categoría de grado medio, y su finalidad principal es formar de una manera lo más eficiente que sea posible los funcionarios de la comunidad en sus diversas ramas, religiosa y tradicional.

Aparte de estos tres tipos de enseñanza, que presentan cierta modernidad, está la tradicional *bêt ha-séfer*, de ínfimo rango pedagógico, bastante similar a las elementales escuelas coránicas. En ella el maestro, como los antiguos dómines, inicia a los niños en el conocimiento del texto hebreo bíblico y libros de rezo de un modo rutinario y del todo empírico. Allí aprendieron el poco hebreo que saben la mayoría de los no-letrados que concurren a las sinagogas.

Un grado mayor en el régimen docente representa la *vešibá* o académica talmúdica, a donde pasan los que no se contentan con la enseñanza elemental de *bêt ha-séfer*; y bien sea por afición al estudio, o también por lograr los diplomas de *hazán*, *sohet* y *mohel*, cursan en ella estudios durante algunos años. Las enseñanzas son de tipo formativo general, dentro del signo judaico, y los que aspiran a esos títulos han de efectuar estudios propios de cada especialidad, acompañados de las prácticas necesarias peculiares de cada uno.

¿Cuáles son las causas de esa lamentable decadencia de la cultura hebraica en Marruecos en lo que va de siglo, siendo así que antaño, incluso eran muchos e importantes los libros impresos con caracteres hebreos, aparte de otros en tipos árabes (pero en lengua hebraica igualmente), en diversas ciudades marroquíes?

Ante todo hay que reconocer que el nivel cultural del país y su milenario atraso no eran un acicate ni adecuado ambiente para formar o fomentar ni directamente ni de un modo reflejo, por obra de una exigua y desamparada minoría, centros relevantes de alta cultura. A esta razón, que estimamos primordial, se suman otras.

Uno de los hebreos más cultos y de prestigio en la Zona española me manifestaba a este respecto que anteriormente eran

muchos los hebreos pudientes del país que otorgaban abundantes sumas en concepto de ayuda económica para la enseñanza y los estudiantes. Los tiempos eran otros, y con una consignación moderada —por ejemplo, unas cien pesetas mensuales— tenían éstos de sobra para subvenir a todas sus necesidades y entregarse de lleno a sus estudios. Hoy —añadía— el panorama es muy distinto: se precisan cantidades importantes para atender decorosamente a estos afines, y no se aportan. Al indicarle yo a mi interlocutor que los hebreos acaudalados, que gozan de excelente posición económica, tienen también ingresos proporcionalmente mayores a los que disfrutaban los antiguos protectores, no vacila en afirmar que, desde luego, la raíz del mal está en la falta de acendrado sentimiento religioso, desprendimiento y abnegación en la mayoría.

Frigescente mundo! —pienso yo—: es el mal general en todas las latitudes y en todas las religiones, con más dolorosa realidad y alarmante extensión que al aparecer el seráfico San Francisco de Asís, a cuyo siglo se aplicó esa expresión litúrgica. Pienso en esas viejas catedrales, maravillas del arte y la devoción de nuestros mayores, construidas con espléndidos donativos y prestación personal de toda especie, desde los grandes artistas hasta los modestos artesanos y braceros. Hoy se erigen palacios suntuosos al dios dinero, al dios placer, pero las catedrales empezadas hace lustros y décadas, o más tiempo aún, no se terminan, y los templos que se levantan son la muestra visible de nuestra fe raquítica. El Estado asume la tarea de erigir, a veces con suntuosidad, notables edificios con destino a centros docentes y de investigación, parcamente, en general y según el signo ideológico característico del régimen, partido o gobierno imperante en cada país, atiende en ocasiones a los edificios religiosos, al menos cuando éstos ostentan la categoría de monumentos nacionales, y con vituperable tacañería subviene a las necesidades del personal docente y rector de la instrucción pública y el culto. Pero los hebreos marroquíes, como los que se encuentran naturalizados en otras naciones, carecen casi totalmente de ese sucedáneo moderno, y todo ha de ser obra de sus aportaciones particulares. En los Estados Unidos de América, donde hay judíos millonarios que se preocupan de esas necesidades intelectuales y espirituales de sus correligionarios, surgen y se mantienen importantes centros de una y otra especie;

pero donde la masa de población judía es de condición proletaria y de escasas posibilidades económicas por lo mismo, el nivel cultural forzosamente ha de ser bajo y la decadencia irá en aumento. En Tánger, donde hay hebreos de firme posición, el ambiente no es nada propicio para desprendimientos con los fines indicados, como tampoco para reclutar muchachos que se consagren a la abnegada profesión del sacerdocio religioso o de la ciencia. Algunas organizaciones extranjeras ofrecen pensiones para estudiantes judíos seleccionados de Marruecos, que van a esos países a efectuar estudios profesionales o universitarios durante algunos años; pero este aspecto, que se sale del específicamente judaico, no interesa a nuestro propósito.

Un ejemplo que confirma lo antes dicho. Benzaquen, joven profesor del mencionado Instituto Maimónides y, antes, de la clase de Hebreo establecida en el ya suprimido Instituto hispano-marroquí de enseñanza media, se lamentaba de esa falta de ambiente intelectual, y, en consecuencia, disponíase a emigrar a Sudamérica. «Ni siquiera me dan facilidades —me decía en el seno de la confianza— para instruirme ofreciéndome libros o dejándome sacar para su utilización los viejos folios, llenos de polvo, almacenados en las *yešibás*. Las mismas dificultades que V. encuentra para la adquisición de libros que aquí pudieran venderle, las encuentro yo.» Esto me hizo pensar y me sorprendió en gran manera. Sin embargo, debo confesar que en diferentes ocasiones, con paciencia, constancia y tenacidad logré adquirir libros sueltos y hasta algunos lotes, eso sí en lamentable estado de conservación, con grandes surcos por donde la polilla había pasado su impudente voracidad durante años y hasta siglos.

Bibliotecas hebreas en Marruecos.

La acción de España en Marruecos manifestóse de un modo particular en el campo de la cultura, a pesar de los múltiples obstáculos de todo orden que entorpecían la eficacia de esa labor. Una de las pruebas fehacientes de esa acción cultural está en las bibliotecas, de carácter general o específicamente árabes, en los Institutos de Investigación con sus fondos bíblicos, y en las escuelas y otros centros de enseñanza que dirigía y orientaba la Delegación de Cultura, y que, al finalizar el Protectorado, han quedado en Marruecos como perdurables testimonios del afán por la dignificación

y elevación intelectual del pueblo marroquí puesto a contribución por la nación protectora.

Si fijamos nuestra atención en las comunidades israelitas, prescindiendo de las escuelas y centros de instrucción anteriormente citados y concretándonos a las bibliotecas, el panorama era —y sigue siendo— muy diferente. No había ninguna biblioteca oficial de especialidad hebrea, y, aparte de la esfera privada o familiar, donde podrían señalarse estimables colecciones bibliográficas, a tenor de las circunstancias personales de sus propietarios, o restos venerandos del legado de algún sabio antepasado, solamente cabe hacer mención de los fondos vetustos y maltrechos conservados en las *yešibás*. Recordaremos algunas de las que visitamos personalmente en la que fue capital del Protectorado español en Marruecos.

Dos amigos nos sirvieron de introductores en esos antiguos reductos del saber rabínico, los dos bien distintos por su posición y circunstancias personales: D. Abraham Abekasis, hombre acaudalado y culto, en cuya biblioteca pude ver interesantes y muy recientes libros de filosofía, en lengua hebrea, y su homónimo Abraham Garzón, en cuya ficha personal quiero detenerme algo más, por ser un ejemplar bastante frecuente, de típicas características, entre los judíos marroquíes. Representa unos sesenta y tantos años. En su infancia asistió con asiduidad a las escuelas hebreas y pasó después a la *yešibá*; pero a los doce años hubo de abandonar los estudios, porque la modestísima beca de veinticinco pesetas que disfrutaba no le permitía dedicarse de lleno a los estudios. Esa fue su formación básica; pero su insaciable deseo de aprender le ha impulsado toda su vida a leer y estudiar los libros que ha podido tener a su alcance. «Que no se aparte de tus ojos ni de día ni de noche este libro de la Ley, para procurar hacer cuanto en él está escrito, y así prosperarás en todos tus caminos y tendrás buen suceso» (*J's 1^a*): esta parece haber sido su norma, como la de tantos judíos, aun en medio de la escasez y la pobreza. En efecto, el Sr. Garzón siempre ha tenido una pequeña colección de libros, que han sido su alimento espiritual. En su *bacalito*, una de tantas tiendas del barrio judío, junto a las hortalizas, legumbres, frutas, almendras (varios días llevaba en cierta ocasión que le visité, partiendo con un martillo sobre una especie de yunque huesos de almendras para venderlas peladas), siempre puede ver-

se algún viejo libro hebreo o sefardí. Somos antiguos amigos y siempre que yo iba a Tetuán me invitaba a su casa. La amistad surgió con motivo de unos libros y se fomentó conversando sobre la religión, ciencias judaicas, moral, sociología, en una palabra, *de omni re scibili*. Es hombre sinceramente religioso, sesudo en sus juicios y versado en las cosas del judaísmo. Sin embargo, no es de los judíos, bastantes todavía en el *mel-lah* de las ciudades marroquíes, que siguen usando la tradicional indumentaria; viste a la europea.

«*Haberat eš hayyim*». — Es el nombre de la agrupación y se halla enclavada en plena judería. Un remedo de patinillo, en el interior de una casuca infecta, donde se abren varias puertas, en una de las cuales campea un rótulo en hebreo, con el título de la asociación y la fecha de su fundación (1921). La puerta da acceso a una estancia alargada en cuyo centro hay una mesa. En la pared, dos cuadros, retratos a pluma de dos sabios rabinos. En el testero de la izquierda, dos armarios cerrados, que ostentan el título de la *yešibá*; encima de uno de ellos se amontonan libros viejos muy deteriorados, y en su interior hay tres tablas cargadas de otros más, en mejor estado. Mi acompañante, el Sr. Garzón, me va alargando los primeros, todos muy sobados, con la encuadernación lastimosamente estropeada, hojas rotas, apolilladas, carcomidas, y con saltos lamentables en la paginación. También los del interior son objeto de mi curiosidad; adolecen de los mismos males que los otros. Le pregunto si podrían venderme algunos de esos ejemplares, y la contestación es negativa: están para uso de los miembros de la asociación. En su casi totalidad son comentarios bíblicos, volúmenes del sagrado texto, de la Mišná, de *Hoq le-Israel*, del Talmud y comentarios talmúdicos y numerosos *mahzores*. Mi escrutinio ha terminado: nada aprovechable.

Yešibá «'or zaru^c» («Luz plantada», Sal 97¹¹) se halla en la calle de Piedras, n.º catorce, piso primero. Es una pieza con dos balcones exteriores, de regular capacidad, con dos estantes, sin puertas, atiborrados de libros viejos hebraicos, muy deteriorados y apolillados, en el más completo desorden respecto a su colocación. El Sr. Abekasis, presidente de la asociación que me acompaña, me dice hay unos *setecientos*. ¿Catálogo? Se está haciendo... Voy viendo los títulos en los lomos de los ejemplares: los de siempre. También veo algunas ediciones de Maimónides y del

Sulhan ʿArúk, en folio, verdaderamente magníficos, y otros también notables, de los siglos XVII, XVIII y XIX. Incluso algunos libros o ediciones raras, de notable antigüedad, como la obra de Elías Tesbita (s. XVI), *ʿArhôt hayyim* de Aarón ha-Cohen de Lunel (1505); el *Aruch completum* de Natan ben Yehiel, el *Paḥad ʿišhaq* 1864), etc. Todos los días se reúnen allí los estudiosos miembros de la *yešibá* para leer, discutir, ilustrarse en una palabra: verdaderos «círculos de estudios». En la mesa central, de tipo de atril toda ella, en las sillas, hasta en el suelo, numerosos ejemplares al desgaire, sin orden ni concierto.

Es de advertir que antiguamente, como es sabido, solía haber, aneja a la sinagoga, una *yešibá*, con su pequeña biblioteca; hoy no. En Marruecos no hay ninguna, al menos en lo que fue Zona española. Estas *yešibás*, como la que visito, son independientes de las sinagogas y están emplazadas en locales distintos.

Ante aquel maremagnum de libros hebreos, en tan lamentable estado, que serían preciados tesoros en la biblioteca de una Facultad de Letras, sobre todo si en ella hay Sección de Filología Semítica, siento cierta envidia al par que compasión al ver aquellos ejemplares en trance de muerte. Sin embargo, me pregunto si en muchas bibliotecas europeas, aun estando perfectamente catalogados (si el bibliotecario sabía algo de hebreo, o algún asesor suyo), no estarían también llenos de polvo y de polilla...

Aparte de eso, por su contenido ¿qué interés podrían tener, dada su vetustez? Quizá muchas veces más interesarían a un bibliopola que a un bibliófilo o un biblista. La ciencia se ha vestido de nuevo en el siglo XX, y, por lo tanto, son más codiciables las ediciones recientes, bien presentadas, con eruditas introducciones, notas, comentarios, índices, etc. De todos modos, salvar esos tesoros bibliográficos sería una buena obra.

De semejantes características a las de estas agrupaciones son la *Yešibá de Isaac ben Arroch* y la de *Ben Walid* (rabino de Tetuán), que también visité.

Consideraciones.

Después de ese recorrido por los laberintos del barrio judío y los oscuros recovecos donde se esconden esos viejos ejemplares que guardan la ciencia rabínica y el saber hebraico de otras eda-

des, los venerables tomos de *Arba'a we-ešerim*, Mišná y Talmud, *Se'elôt û-tešubôt* comentarios innumerables y prolijos de la Biblia y tratados talmúdicos, mahzores, etc., etc., de las bibliotecas de esas *yešibás* como de los particulares —pues pocas familias hebreas se podrán contar que no tengan por lo menos algún libro escrito en la lengua santa o en ladino—, la impresión que se recoge es compleja.

Ante todo se revela una vez más, y en un ambiente de pobreza y hasta miseria como el que predomina en el *mel-laḥ* tetuaní es mucho más admirable, que el pueblo judío es «el pueblo del libro», de la Biblia, y esta consideración nos da la clave de su historia, su psicología y la fuente inagotable de su energía moral. Es también en lo Diáspora «el pueblo del Talmud»: Biblia y Talmud, con sus respectivos e infinitos comentarios, y la poesía de sus grandes vates, empapada también de esas esencias, son las dos columnas que lo han sostenido en el duro batallar de veinte siglos.

Aparte de las colecciones vistas, son muchos sin duda los libros conservados o más bien arrinconados en las casas de muchos judíos; la naturaleza de esas obras es exactamente la de las bibliotecas de dichas asociaciones, salvo algunos ejemplares raros, de los que tuvimos referencias, y la mayor modernidad y selección de los libros propiedad de personas cultas. Pero sea cual fuere la condición social y económica de los propietarios de esas curiosidades o joyas bibliográficas —y nos referimos, claro está, a las familias donde no hay ambiente intelectual ni el mínimo de bienestar material para las tareas del espíritu—, todos coinciden en ser refractarios a deshacerse de esos librotos o libracos heredados de sus antepasados. Hasta se dio el caso, según me refirieron, de una familia que al emigrar a Sudamérica dejó en zaquizamí un montón de libros, que, al volver, años después, encontraron lastimosamente deshechos por obra mancomunada de las goteras, ratones y polilla, en catastrófica *biblio-hidromiomaquia*.

Ante esa triste realidad, ocurriósenos una idea para salvar de la ignominiosa muerte o larga agonía a todos esos venerables infolios y ejemplares, así como también los de esas triste *yešibás*: reunir en una biblioteca adecuada, pulcra y bien organizada, dirigida por un competente archivero-bibliotecario, docto en lengua hebrea, y el personal auxiliar necesario, todos los libros que pudieran adquirirse —casi a cualquier precio, dentro de los límites

de su valor intrínseco—, y en calidad de depósito, con toda clase de garantías para sus propietarios (particulares o entidades), los que por negativa de éstos fuera imposible comprar o rescatar. Incluso podría hacerse en piezas distintas la conveniente separación de los fondos más importantes.

En esa biblioteca habría sala de lectura y consulta, y hasta podrían habilitarse locales especiales donde se reunieron los socios de las corporaciones del estilo de las mencionadas, que hubieran hecho entrega, a título de custodia o depósito, de sus colecciones bibliográficas, para allí celebrar los acostumbrados círculos de estudios.

Un catálogo indicaría a los estudiosos y visitantes las obras existentes. Asimismo se procedería, como primera providencia, a encuadernar bien esos libros desvencijados, bajo la dirección de un técnico, y aun, si fuera posible, hacerlos pasar por una especie de «enfermería del libro» del estilo de las que funcionan en las grandes bibliotecas. Ni que decir tiene que una biblioteca así instalada, de tan rara y estimable especialidad, tendría su consignación presupuestaria adecuada para la conservación y también para la adquisición de obras nuevas, de las que en número prodigioso salen hoy de las prensas judías de Erez Israel, Norteamérica, etc., y de cuantos libros hebraicos de ocasión pudieran agenciarse. Sería un centro de atracción para el investigador en el campo del hebraísmo, como para todo hebraísta en general, y bajo sus auspicios se organizarían conferencias y otros actos académicos.

En aquel verano de 1961 comunicamos nuestro pensamiento al entonces Delegado de Cultura, D. Tomás García Figueras, el cual acogió con entusiasmo el proyecto insinuado, así como también el General García Valiño, a la sazón Alto Comisario; ambos prometieron su apoyo y ayuda económica. El considerable y valioso lote de libros que pocos días después compramos en Tánger —¡rara oportunidad!— a un hebreo de Tánger, modesto empleado en unos grandes almacenes y hermano de un sabio rabino fallecido años hacía, sirvió de primer fondo para la nueva biblioteca, y a él se agregó meses después otro no menos comprado en Casablanca en la librería e imprenta Hadida Frères.

Pero las gestiones realizadas por el mencionado Sr. García Figueras y el que esto escribe para reunir, en la forma proyectada, esos restos maltrechos de los particulares y bibliotecas societarias,

como náufragos de la incuria y del tiempo, en calidad de depósito, fracasaron totalmente. Nuestros esfuerzos se estrellaron ante la resistencia pasiva de los miembros de las corporaciones propietarias de tales fondos, motivada quizá por recelosa desconfianza. Reconocemos honradamente que tal vez los sucesos políticos posteriores les dieron la razón.

Mi intervención en este asunto no tuvo mayor alcance, y, por otra parte, las modificaciones en la constitución de los tribunales de Reválida y las eventualidades políticas posteriores hicieron más raros y finalmente casi nulos mis contactos con Marruecos. Según me informaron, años después, aquel fondo de libros hebreos trabajosamente reunido, se incorporó a la Biblioteca general del Protectorado y habrá corrido su misma suerte.

Añadiremos dos palabras referentes a otro factor importante en la constitución y engrosamiento de las bibliotecas modestas, así como también final y destino de no pocas: las tiendas de libros usados o puestos callejeros de los mismos. Ni en Tetuán ni en Tánger —mucho menos en las demás poblaciones de la antigua Zona española— vimos nunca nada apreciable: tan sólo algún mísero tenduquín en el que junto a sencillo material escolar o de escritorio yacían algunos libros de rezo y esporádicamente tal o cual obra bíblica o talmúdica. En un despacho de pan, entre unas escobas, en el fondo del barrio judío de Tetuán, encontramos en cierta ocasión un vetusto y terriblemente apolillado ejemplar de la biblia de Ferrera (edición de 1762), que gracias a la paciencia y habilidad de nuestro encuadernador pudo recobrar su forma y quedar utilizable.

En este terreno algo más podía encontrarse en la Zona francesa, aunque tampoco en cantidad apreciable; los judíos cultos se entendían directamente con las librerías orientalistas del Extranjero para la adquisición de libros.

En diversas ocasiones se han efectuado visitas comerciales por agentes de bibliotecas y librerías. Pocos años antes de la implantación del Protectorado, según nuestros informes, llegaron unos negociantes o bibliófilos, que efectuaron una verdadera *razzia* libresco llevándose cuantos ejemplares antiguos y valiosos les vendieron los hebreos marroquíes. Con especial interés lucrativo husmeaban incunables. Menor fortuna tuvieron otros enviados con idénticos fines del Estado de Israel, a poco de constituirse

el nuevo Estado. Precisamente nuestra visita a Casablanca tuvo lugar pocos días después de una de esas incursiones. De los restos de esa vendimia, a modo de rebusca, aun pudimos salvar varios centenares de libros de relativo valor, que en parte engrosaron nuestra modesta biblioteca y en parte más considerable, juntamente con otros adquiridos en *La maison de la Bible*, tuvieron el destino que dejamos indicado.

En definitiva, si algo queda todavía en las comunidades hebreas de Marruecos son restos cada vez más insignificantes, salvados a prueba de abnegación y amor entrañable al libro, de los en otro tiempo ricos fondos atesorados por los sefardíes, entre los que se hallaban raros ejemplares llevados de España hacía varios siglos.

Como impresión dominante en esta evocación de las asendereadas juderías marroquíes, queda la gran aspiración del alma judía a redimirse por medio de la lectura, el estudio y la meditación de sus libros, aun hallándose en las peores condiciones para las nobles tareas del espíritu. Un pueblo que tal hace, no puede morir, y bien se merece la serie de premios Nobel y cientos de sabios ilustres en todos los dominios del saber que esmaltan el cielo de su historia. Del campo lleno de áridos huesos, como la visión de Ezequiel (cap. 37), podía surgir, como en efecto surgió, «un ejército grande en extremo». «Así habla el Señor, Yahvé: Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel.»

David Gonzalo Maeso